

## La figura de San Ignacio de Loyola

J.L Martín Descalzo\*

Al enfrentarnos con la figura de Ignacio de Loyola, nos encontramos que, con él, ocurre algo muy parecido a lo que pasa con San Juan de la Cruz: que es más conocido que leído, que la mayoría apenas sabe de él otra cosa que la famosa historia de la bala de cañón que rompe su pierna en Pamplona y causa indirectamente su conversión. Pero qué pensaba, cómo era su alma, qué se planteó al fundar la Compañía, son cuestiones a las que pocos sabrían responder.

En el caso de San Ignacio esto se aumenta porque en realidad hizo mucho más de lo que publicó. De su obra personal tenemos los Ejercicios, pero ni él mismo lo publicó. Hasta 1548 no apareció la primera edición de esta obra y se publicó sin nombre y como reservada a los jesuitas. Después, con el paso del tiempo, se han editado nada menos que 4,500 veces y en 25 idiomas.

Pero tenemos una autobiografía que San Ignacio propiamente no escribió, pero sí dictó en diversas y muy separadas etapas a varios jesuitas de su tiempo.

Para muchos Ignacio es, ante todo, el soldado, el capitán. Soldado primero al servicio del mundo y soldado guerrador después al servicio de Cristo. Y esto es verdad... relativamente. Porque Ignacio se sintió mucho más un humilde peregrino que un hombre agresivo y peleador. Fue un peregrino de Dios, abandonado a sus manos, dejándose siempre guiar por Él. Es cierto que creó una compañía y que luchó apasionadamente por Cristo, pero, por él, hubiera permanecido humildemente en un rincón.

Recuerdo haber oído al Papa Juan XXIII una frase que me impresionó mucho al oírla y que, más tarde, me dio mucho que pensar. Decía el Papa Roncalli: "Encuentro característico de los auténticos hombres de Dios, el sentirse llamados a realizar una cosa y encontrarse después trabajando en algo muy distinto."

La frase es tan verdadera que basta con acercarse a cualquier santo y comprobar siempre cómo se realiza. Cómo ellos hacen unos primeros planos y luego viene Dios, se los desbarata, y les encomienda otros caminos diferentes, como si Dios tuviera muchísimo interés en demostrar que, lo que los santos hacen no es lo que ellos hacen, sino lo que Dios les "hace hacer".

En San Ignacio esto se cumple perfectamente. En el momento de su conversión, él sólo sueña en ser un pobre peregrino a Jerusalén para vivir allí en soledad y pobreza. Pero los caminos de Dios le llevan a Roma. Y él llega a esta ciudad sin pensar aún en fundar una orden, porque no piensa agrupar a sus compañeros en una congregación con estatutos y estructuras y allí se ve convertido en fundador y prepósito general. Amaba el anonimato, la pobreza radical, los caminos, los hospitales y se ve visitando reyes, papas, cardenales. Soñaba ser ante todo un peregrino y se ve encadenado, inmóvil, sedentario, prisionero de su propia obra.

¡Qué poco conocen a San Ignacio quienes le ven como un capitán deseoso de mando y de poder, partidario de cambiar el mundo y dominarlo!

Bastaría conocer aquel momento en que es elegido general y prepósito de los jesuitas para convencerse de lo contrario.

Ignacio había sido el fundador de aquella obra, el padre espiritual de todos y cada uno de sus compañeros, el que había resuelto todas las muchas dificultades que la Compañía tuvo hasta su fundación y parecía inevitable que fuera él el elegido para dirigirla una vez que hubo de elegirse un superior tras la aprobación de los estatutos.

Pero Ignacio se oponía absolutamente a ello y sólo quería entrar en la sombra y obedecer en lugar de mandar. Al fin aceptó que la elección se hiciera por votación secreta y tras tres días de reflexión y oración de todos los miembros votantes. El resultado fue unánime a favor de Ignacio con todas las papeletas menos la suya.

Y todos quedaron contentos... menos Ignacio, que dirigió a los suyos una plática diciéndoles que "hallaba en sí más voluntad y querer para ser gobernado que para gobernar. No se hallaba con suficiencia para regirse a sí mismo, ¡cuánto menos a los demás! Habló de sus muchos y malos hábitos pasados y presentes, de sus muchos pecados, faltas y miserias". Al fin rogó a sus compañeros que deliberasen aún otros tres días "para hallar quién mejor, y a mayor utilidad de todos, pudiese tomar el asunto". Sus compañeros aceptaron, "aunque no con asaz voluntad".

Pero a los cuatro días, al repetirse la votación, se repitió también el resultado.

Ignacio quedó desconcertado, pero aún no convencido. Y decidió ponerlo todo en manos de su confesor. Haría ante él una confesión "desde el día que supo pecar hasta el presente" y después atenerse ciegamente a lo que él mandase.

Así lo hizo y se retiró durante tres días a una iglesia con su confesor. Y al cabo de ellos la sentencia del confesor fue que "no aceptar era resistir al Espíritu Santo".

Pero aún esto no convenció a Ignacio, que pidió a su confesor que se lo pensase de nuevo y enviase respuesta en cédula cerrada a la Compañía. Tres días después se recibió la carta del confesor en la que tomaba la resolución de que "lñigo tomase el asunto y régimen de la Compañía". Y sólo entonces y a contracorazón aceptó Ignacio el nombramiento.

He querido contar con todo detalle esta historia -y podría contar otro centenar de historias parecidas en su vida- para que ustedes descubran qué tipo de alma era la de Ignacio y qué poco se pareció a ese guerrero arrollador que muchos imaginan.

Y ésa fue la historia de este Ignacio a quien Dios fue llevando por sus caminos, casi siempre distintos de los que él había soñado. Lo único que en él nunca vaciló ni se eclipsó fueron sus tres grandes deseos:

- dirigir todo a la mayor gloria de Dios;
- ayudar a las almas, y
- servir, sobre todo, servir.

*\*Tomado del libro Días grandes de Jesús. Editorial EDIBESA, Madrid 1996. 28 abril 1991*